

**ERNESTO  
MEJIA SANCHEZ**

**AS  
PRIMAS  
DEL  
PUEBLO**

Habíamos pasado vacaciones en el pueblo cercano y volvíamos a la ciudad por esos grandes intestinos de cemento, desarrollados o en vías de desarrollo, en coche de caballos, muy lentamente. De pronto interrumpieron ese paso de vía rápida varios corros de niñas, otras saltando la cuerda, todas vestidas de rosa, y las cuerdas, de color rosa también, danzaban su algodón espumante, dulce y vaporoso. Yo venía casi en el estribo, con la cámara en la mano derecha, sosteniendo el equilibrio con la izquierda; pude tomar, sin embargo, muchas fotos en tecnicolor, pero todas salieron veladas, negras o blancas. Este hecho debí tomarlo como premonición, aunque todavía no acaecía. No podemos disponer del futuro sin conocer algunos indicios. El asunto es que de improviso todos dijimos: “¡Antes de llegar a la ciudad, pasemos por el pueblito para ver a las primas!” Todos asintieron, menos yo porque estaba tomando la última foto, ya con flash, de todo el grupo, desde el pescuezo de los caballos, pero real y únicamente este aficionado fue el de la visita o lo que parezca. Vi en la puerta de la casa, de pilar enmedio, apoyado en él, a Leandrito, fumando. Había estudiado el bachillerato cuando yo cursaba la primaria. Hablaba siempre de revolución y participó en un encuentro a pedradas contra los americanos; después comenzó a hablar de *evolución*, con evidente cautela. Ahora era un hombre cano, con bigote recortado sin puntas, ancho y rojizo, atabacado. A uno le da la impresión de que la gente no vive o no cambia mientras no la ve; pero cuando la ve cambiada, sentimos el ventarrón del tiempo sobre la cara. Lo mismo pasa con los pueblos que vemos desde la ventanilla del ferrocarril, que nos parecen pintados no más, para distracción del viajero, pero en una ocasión se descompone la máquina o se emborracha el maquinista y tenemos que pernoctar en ese lugar inimaginado y quizá hasta nos den ahí una bofetada; entonces nos damos cuenta que el pueblo existe o que todo espacio está colmado, aunque sea de nada. Pues ahí estaba Leandrito, como que nada. Leandrito, porque su papá se llamó siempre Don Leandro, se estaba fumando el tiempo a cada momento, bajo el bigote atabacado, olvidoso ya de revoluciones y evoluciones. Me saludó con desgana, como entre sueños, con ese cariño de mayor, condescendiente y grave. Me invitó a pasar, sin mucha insistencia. “Era una dicha”, según dijo, “pues estaba reunida toda la familia”. Toda la familia, cosa que ya no se ve, por lo menos en una tarde, al anochecer. En cambio, Don Leandro, desde el mostrador de su comercio, vio crecer a toda su familia en un solo día, como un amanecer permanente, sin olvido posible. En el portalón de la plaza había hecho fortuna. En el gran mostrador expendía de todo y para todo; desde ristras de ajo hasta las telas de seda estampadas en París. Un buen acomodo que permitió por más de cincuenta años a la familia ser la más pudiente y principal del pueblo. Las campanas que regalaron a la parroquia cargaban tanto oro en su fundición que se oían a varios



Ernesto Mejía Sánchez ■ (Nicaragua) Poeta y ensayista. Profesor de la UNAM e Investigador del Centro de Estudios Literarios. Entre sus numerosos trabajos se encuentra la edición de las obras de Alfonso Reyes. Premio Xavier Villarrutia 1969.



kilómetros de distancia, hasta la ciudad sorda. Nada faltaba ahí, sino la desgracia, y esa vino en forma de impudor. Las últimas luces del ocaso daban a la sala contigua al almacén una especie de reverberación desanimada y fugaz, como las postales aquellas que vimos en los esteroscopios; un poco planas, un poco de bulto, que representan la Fontana de Trevi con el surtidor detenido o el Elevado de la Tercera Avenida bufando parado. La familia, en efecto, estaba ahí, viva y estática, engrandecida, rumorosa y discreta, en reunión holandesa, sentada en sillones de balancín, con respaldo tejido de mucha labor. La luz oblicua y delicada de un Vermeer, la sombra heroica y ardida de un Rembrandt, amalgamadas, producían ese efecto de sopor y tranquila vitalidad que anula cualquier figura transeúnte, por querida o indispensable que sea. Saludé con el fervor y distancia que me enseñaron; nada de beso en la mejilla, una palmadita decorosa en los brazos frescos o en las mangas de lino austero. Me senté al lado de Isabel, o la que yo creí que era Isabel. "Isabel", le dije, pero no me dejó seguir: "Yo no soy Isabel, soy Margarita." Y la luz se hizo ahora más tenue, como un adiós, pero todavía logré ver el rostro sonreído y confiado, los ojos negros, como antaño los de su madre o la que yo creí que era su madre. Estuve a punto de despedirme, pero llevaron en ese momento un refresco para el viajero intruso. Y sorbí el filtro en memoria de la familia, sin hablar, sin mirar a nadie. Don Leandro y doña Isabel procrearon las dos más hermosas hijas del lugar. Cuando estaban en la flor, que fue poca y pasó pronto, patrocinaban excursiones a los ríos cercanos, con viandas escogidas y algún vino de Italia. Se juntaban los mozos con

discreción, pero saltó el demonio y la coyuntura, más bien la coyuntura y en ella el demonio. En cierta excursión de éstas, los galanes forzaron el grato o ingrato oficio de la paternidad. Nadie supo nada, porque se trataba de gente conocida. Las hijas vieron crecer pronto su vientre, en silencio, con asombro, miedo y felicidad a la vez. Los padres entraron en sospecha: lo supieron todo lealmente por ellas. Don Leandro guardó secreto. Nadie en la casa intentó perseguir a los burladores ni menos ofrecerles matrimonio ventajoso. Todo fue cerrado, menos el almacén, que realmente era el alma de la casa. Alguna pariente ociosa sugirió los oficios de una vieja sabia en abortivos o la importación de un galeno graduado en Chicago, gente que no tiene prejuicios en saltar los prejuicios. Don Leandro se opuso a todo, los hijos de sus hijas eran sus hijos. Nadie lo sacó de sus trece. Sus hijas lo consintieron, sus hijas eran las responsables; él como padre, ayudaría a llevar la carga; en la cara, en la economía, en el nombre. Las criaturas nacieron a puerta cerrada y llevaron el apellido de don Leandro. Hasta podía darse el caso de una mala interpretación, pues las niñas se acostumbraron a decirle papá; y mamá, a sus respectivas madres. Eran como dos gotas de agua respecto a ellas. La una rubia, blanca, un cristal. La otra morena, de ojos negros brillantes. Y fueron creciendo en saber y hermosura, que daba gusto. Tuvieron también destinos diferentes. La rubia casó bien con un mozo hacendado, que se volvió tahúr y borracho a los primeros años de matrimonio. La morena no esperó a nadie; buscó el primer amorío de encontronazo; tuvo una hija como ella. Después llegó hasta amante de un hijo del Presidente y pasó después a subalternos, coroneles, mayores y subtenientes. Después de un tiempo toda la familia se juntó con recato, se sentó por las tardes, como solía, en la sala de junto al almacén, en esa sala de luz velada que hacía resaltar los parecidos que da la sangre: los gestos, las sonrisas, los modos, las miradas, que da la vida en común, hasta convertir a toda una casa en un sólo rostro, marcado aquí y allá por dichas y desventuras. ¿Porqué dije yo Isabel a Margarita? Ahora, en el sanatorio, puedo decirlo o suponerlo. La madre, cuando la conocí y quisieron prometerme con ella, tenía esa misma mirada oscura y calcinante que me ha perseguido desde la cuna. Y ahora Margarita, a través de la luz velada iluminaba el alma de la casa con una brasa de amor que iba a quemarme. Uno nunca está a salvo; quizá un vaso de refresco a tiempo, por mera cortesía, puede perdernos o salvarnos. Me despedí como hace veinte años; palmaditas, nada de besos en la mejilla. Ya tranquilo y tal vez animoso volví a tomar el Volkswagen que había dejado encendido, en marcha, en la calle, como representando al corazón, sin pasión pero caliente, con premura, veloz, galopante, sabiendo dominar la tiranía del rostro humano, no las curvas peligrosas. Leandro, en la esquina, apagaba un cigarrillo. Fue lo último que vi.

